

José Luis Villacañas

La inteligencia hispana

Ideas en el tiempo

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

PLAN GENERAL DE LA OBRA

- Vol. 1 El cosmos fallido de los godos
- Vol. 2 Eremitas, andalusíes, mozárabes
- Vol. 3 Europeización y crisis de los poderes hispánicos [siglo XI]
- Vol. 4 Hispania: de formación imperial a sistema de poderes
- Vol. 5 La Reconquista del siglo XIII y la carrera imperial de Castilla y Aragón
- Vol. 6 La larga crisis castellana del siglo XIV
- Vol. 7 La hegemonía catalana-aragonesa del siglo XIV
- Vol. 8 El cruce de caminos entre Castilla y Aragón: conflicto como unidad
- Vol. 9 La crisis del siglo XV y la idea de monarquía: Juan II y Enrique IV
- Vol. 10 La forma hispánica de la monarquía y la expansión atlántica: los reyes católicos [1470-1506]
- Vol. 11 Hispania en su trampa expansiva: Felipe I y el gobierno de Fernando de Aragón [1506-1516]
- Vol. 12 Emperador y rey: la complejidad de la época de Carlos V [1516-1555]
- Vol. 13 Repetición y catástrofe: la política de Felipe II [1555-1600]
- Vol. 14 Los Felipes y el nuevo equilibrio europeo [1600-1650]
- Vol. 15 Continuidad y ruptura entre Austrias y Borbones [1650-1750]
- Vol. 16 Ensayo de reordenación: Carlos III y Carlos IV [1750-1814]
- Vol. 17 Revolución pasiva: el fallido Estado liberal [1814-1868]
- Vol. 18 La Gloriosa y el cosmos de la Restauración [1868-1903]
- Vol. 19 Alfonso XIII: resistencias a la monarquía constitucional
- Vol. 20 Dictadura comisaria, dictadura soberana: 1923-1955
- Vol. 21 El franquismo tardío y el poder constituyente de 1978

Volumen 2

Eremitas, andalusíes, mozárabes

Las sociedades ibéricas bajo el poder islámico

1ª edición, 2018

© José Luis Villacañas Berlanga

© Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN OBRA COMPLETA: 978-84-17134-00-6

ISBN VOLUMEN II: 978-84-17134-38-9

Depósito legal: M-12162-2018

Impreso en España / Printed in Spain

Kadmos

Compañía 5

37002 Salamanca

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

INTRODUCCIÓN

LA FRAGILIDAD DE HISPANIA Y EL DESTINO DE AL-ÁNDALUS

§1

La temática de este volumen

En el año 711 se puso fin a la dominación política goda sobre la tierra hispana y una nueva minoría dirigente, dotada de una cultura todavía en formación, pero ya expansiva e integradora, y de una fuerza militar impactante, asentada con firmeza sobre estímulos religiosos monoteístas, asumió la visibilidad del poder supremo sobre las tierras peninsulares. La Hispania de los godos pasó a ser al-Ándalus. Los ejes de población y de dinamismo se contrajeron sobre la tierra hispánica. La franja que va desde el sur de Tortosa hasta Cartagena, los centros más importantes del poder bizantino, entraron en una intensa decadencia. Al oeste, los caminos que desde Sevilla llevaban a León, también se vieron menos frecuentados, si exceptuamos Mérida. El eje civilizatorio pasaba ahora por Sevilla, Córdoba, Toledo y Zaragoza, ciudades que dominaban amplios territorios rurales. Sobre estos centros urbanos iba a reposar la vida de al-Ándalus, plagada de tensiones y diferencias.

Los sarracenos que atravesaron el estrecho en 711 creían apoderarse de una unidad política previa y sabían que ponían fin al reino de los godos. Por mucho que la forma de integración de las tierras hispanas no estuviera decidida desde el lejano poder de Damasco ni fuera estable, la aspiración de los nuevos dominadores consistía en controlar las tierras cedidas por el imperio romano a los godos y, por eso, hacían de Narbona la última ciudad de al-Ándalus y en ella ponían sus ojos. Se suponía que hasta allí llegaba la autoridad del rey Rodrigo, al que

habían derrotado, dado muerte y sustituido¹. Esto no quiere decir que los caudillos sarracenos que penetraron en Hispania desearan detenerse en lo que llamaban al-Ándalus. Si hubieran podido ocupar tierras ulteriores, lo habrían hecho. Pero entonces se habría tratado del reino de los francos, de otra unidad política. Para comprender el destino de al-Ándalus, debemos partir de la idea de la conquista de toda Hispania, pero también de la incapacidad de los musulmanes iniciales y posteriores de asentar un poder estable más allá de los Pirineos.

Se ha dicho que no hubo invasión musulmana y se ha sugerido que apenas hubo sangre árabe en al-Ándalus. Ambas cosas son erróneas. Hoy se defiende con vigor que se trató primero de una ocupación mi-

¹ Se debe leer para un pormenorizado relato de los acontecimientos, y para penetrar en su profundo sentido político, el libro de Pedro Chalmeta, *Invasión e Islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Ándalus*, Publicaciones de la Universidad de Jaén, Jaén, 2003. Carecería de sentido dar cada una de las páginas que he tenido en cuenta de este libro. En realidad, el libro de Chalmeta es el resumen de treinta años de trabajos con las fuentes musulmanas, lo que ha dado como resultado un libro pormenorizado y riguroso, imprescindible. Su descripción de las fuentes musulmanas, que se puede seguir desde la página 43 a la 67, es exhaustiva. Por supuesto que Chalmeta no es el único autor relevante. Aunque la literatura es abundante, podemos citar a Alejandro García Sanjuan, *La conquista islámica de la Península ibérica y la tergiversación del pasado: del catastrofismo al negacionismo*, Marcial Pons, Madrid, 2013, 144-147, quien apuesta por desterrar del lenguaje historiográfico el término de *invasión*, aunque mantiene la pertinencia del término *conquista*, que tuvo lugar a manos de contingentes árabes plenamente islamizados. La finalidad principal de la obra es oponerse al negacionismo que puso en circulación el erudito vasco Ignacio Olagüe Videla en los años finales del franquismo, con su libro *Les arabes n'ont jamais envahi l'Espagne*, luego reeditado en español bajo el título *La revolución islámica en Occidente*, en el que defendía la autoctonía de la civilización andalusí. Como podemos suponer esta tesis fue abrazada con fervor por los arabistas andalucistas como González Ferrín hace unos años, en la época en que la comunidad autónoma andaluza se pretendía organizar como una realidad nacional. Al-Ándalus sería para este investigador una civilización originada por germanos de todo tipo, arrianos y monoteístas. Los nuevos materiales que utiliza Sanjuán, como los plomos con los que se lacaban los transportes oficiales del botín hallados en Ruscino, o los papiros de la administración egipcia de la época, dejan clara la dimensión administrativa árabe e islámica de la nueva época hispana. Algunos reseñadores de su obra, sin embargo, muestran la necesidad de tener en cuenta otros elementos arqueológicos, como las tablillas sobre hueso con escrituras de la misma centuria de la conquista, algunas de ellas con azoras del Corán.

litar y fiscal, y luego ya con los omeyas de una penetración religiosa, cultural y administrativa. El contingente mayor de soldados fue en 711 beréber o magrebí e iba dirigido por Tariq, uno de ellos. La incursión de 712, por el contrario, iba dirigida por el árabe Musa b. Nusayr, con soldados veteranos árabes procedentes de las guarniciones del norte de África. Esta segunda incursión fue más numerosa que la anterior y se desgastó menos, porque no conoció choques como el de la laguna de La Janda o el de Écija. En todo caso, la invasión fue consecuencia de una radical decadencia de la dominación goda, como ya vimos. No es de extrañar que produjese una división radical, aunque desigual, entre la población. Los partidarios de Rodrigo, sus oficiales y sus soldados, plantaron resistencia en algunos sitios, pero ante la indiferencia general de la población y ante la deserción de muchos nobles, se fueron replegando hacia Toledo y luego hacia Amaya, con sus bienes. Así que, aunque hubo resistencia, la inclinación al pacto fue la dominante, y todavía mayor fue la indiferencia. Pedro Chalmeta ha podido hablar con propiedad de *sumisión* y eso es lo que significa *islam*. Para la inmensa mayoría de la gente, una nueva minoría con poder militar venía a sustituir a los godos, por cierto una casta no especialmente prestigiosa. Los dominados pactaron en muchos sitios con los nuevos señores, y como la religión de estos era más simple, llevadera y concreta, y su régimen fiscal al principio más benévolo, al no imponer de entrada la doble tributación religiosa y pública, muchas poblaciones se entregaron a la nueva mentalidad. Dado que no podemos asumir que toda la población hispana mantuviera un cristianismo maduro y regulado, hemos de suponer que muchas gentes rurales se entregaran por primera vez a una gran religión monoteísta cuando abrazaran el islam. Esto ocurrió desde bien pronto, como lo demuestra la necrópolis de Barajas². Para mucha gente, la nueva dominación le ofrecía mucho más de lo que habían ofrecido los godos. De hecho, ni una sola palabra germánica ha pasado al árabe andalusí. Los godos no significaron mucho para las ca-

² Cf. Alfonso Vigil-Escalera Guirado, «Noticia preliminar acerca del hallazgo de una necrópolis altomedieval de rito islámico en la Comunidad de Madrid. El yacimiento de La Huelga (Barajas, Madrid)», en *Bolskan: Revista de arqueología del Instituto de Estudio Altoaragoneses*, nº 21, 2004, 57-62.

pas populares. Y no solo para ellas. Una gran parte de la nobleza goda e hispano-romana se islamizó igualmente y mantuvo el orgullo de su progenie durante generaciones, pero ya sin cultura identitaria.

De hecho, la propia invasión, la primera incursión del 711³, no fue una campaña dirigida desde el poder legítimo musulmán, representado por el *wali* Musa b. Nusayr, que con título de emir gobernaba la provincia del África-Magreb. La conquista de Hispania no resultó de una declaración de yihad. Fue iniciativa de uno de los lugartenientes o clientes (*mawlá*) de Musa b. Nusayr, el beréber Tariq. Este, acantonado en los alrededores de Tánger, entró en contacto con un aliado goda de la zona de África y del estrecho, don Julián, un sólido comerciante instalado en la región que va desde Tánger a Ceuta y que quizá tuviera funciones administrativas entre los bereberes⁴. En realidad, don Julián había pactado con Tariq la entrega de Tánger a cambio de mantenerse en buenas relaciones y de conservar para sí Ceuta y el control del estrecho. Las cosas estaban así cuando en 709 murió Witiza. Como muchos otros nobles, don Julián no debió de aceptar el nombramiento o sucesión de Rodrigo. El caso es que, mucho más sensible a los problemas de su zona, dotado de una clara autonomía de acción y conocedor de la debilidad del poder goda, don Julián se entregó a una estrecha colaboración con el caudillo beréber con quien, en todo caso, tenía que convivir.

En algún momento debió de proponerle a Tariq la entrada en Hispania. Nada oficial, nada legítimo, nada programado por el califa o por su emir y es posible que sin proyectar una acción a largo plazo. En julio de 710, una primera incursión, que atraviesa el estrecho en los propios barcos de don Julián, con 500 hombres, regresa con un gran botín después de recorrer Algeciras y Tarifa. Nadie se le opuso, pues Rodrigo es-

³ No debemos olvidar que los contactos entre mundo visigodo y mundo islámico son anteriores a 711 y, en realidad, como contactos con el Magreb tienen lugar desde mucho antes. Cf. «Visigodos y árabes: encuentros anteriores a 711» de José Ramírez del Río, en Luis A. García Moreno, Esther Sánchez Medina, Lidia Fernández Fonfría, *Historiografía y representaciones, III. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2015.

⁴ Cf. V. Martínez Enamorado, citando textos de Ibn Jaldun, en el que se llama *amir* o *sarif*. Cf. «Albahrí entre Oriente y Occidente», *Revista independiente de estudios históricos*, 2, 2016, 175-227.

taba entretenido en el norte de Hispania. La voz corrió. Muchos otros bereberes se aprestaron a otra incursión. Tariq comenzó a creer que aquello era un negocio serio. «Ávidos de botín y ansiosos por luchar», según dicen todas las fuentes musulmanas, los magrebíes se entusiasmaron ante la perspectiva. Curiosamente, fue entonces cuando los bereberes se integraban de forma masiva en el islam. Ese era el poder que podía darles la llave de al-Ándalus. «Desde entonces perseveraron en el islam, sin volver a apostatar»⁵.

Las operaciones de cruce del estrecho fueron lentas y premiosas. Durante mes y medio o dos meses, estuvieron pasando contingentes en los barcos de don Julián. Sin duda, el noble goda había medido la acción. Rodrigo estaba luchando en Pamplona contra los vascones. Cuando tuvo noticia de que la incursión era importante, regresó a marchas forzadas, recomponiendo su ejército sobre el camino, pactando con los hermanos de Witiza, Sisberto y Opas. Recorrió como pudo los mil kilómetros que le separaban de Tariq, que esperó cerca del estrecho, sin moverse, por lo que pudiera pasar. Quizá no excluía una huida precipitada. El resto es sabido. Sisberto y Oppa abandonaron al rey, y este, con sus tropas propias cansadas y las milicias serviles ineficaces, sucumbió en La Janda. El régimen goda se descompuso. La voz corrió al otro lado del estrecho y muchos voluntarios vinieron a unirse a los vencedores. Tariq siguió en su avance, destruyó en Écija lo que quedaba de resistencia organizada, se aseguró los flancos de Córdoba y Málaga, y se encaminó como una flecha a Toledo, donde muchos godos se habían refugiado.

Al entregarse la ciudad del Tajo, Tariq se hizo con el tesoro del reino y de los huidos, algo decisivo, dado el significado simbólico del tesoro como patrimonio de la *gens* de los godos⁶. Al ver llegar a los bereberes, muchos de Toledo se marcharon a las sierras. Cuando los sarracenos entraron en la ciudad, solo quedaron judíos y la gente pequeña expectante. Los nobles, o bien habían huido, o habían sido linchados. Per-

⁵ Cf. Chalmeta, *Invasión e islamización*, 128 y 129.

⁶ Algo que pone de relieve de forma muy oportuna Felipe Maíllo Salgado en su reseña del libro de Sanjuán, *Stud. Hist. Hª mediev*, Universidad de Salamanca, 32, 2014, pp. 273-280, aquí 278.

siguiendo el botín de los huidos, Tariq se encaminó a Amaya, donde había muchos refugiados, y desde allí se desplazó a Astorga, otro centro defensivo. En el año 713 regresó a Toledo, después de dejar destacamentos bereberes dispersos a su paso. La línea de estos asentamientos primitivos debió seguir su trayectoria y diseminarse por todo el norte de Hispania, excepto el triángulo que va desde Arnedo a Girona y Tortosa, que luego será ocupado por Musa b. Nusayr con sus árabes en la segunda incursión, quienes también se quedaron con toda la zona de Andalucía, excepto las sierras que van de Algeciras a Priego. Unos, los bereberes, se dispersaron en el campo y en el hábitat rural, donde podían disfrutar de su independencia tribal. Los árabes se concentraron en ciudades. Esta diferencia marcará el destino inmediato de la cultura de al-Ándalus.

Pero Tariq no habría llamado a Musa b. Nusayr si no hubiera visto la posibilidad de asentarse en Hispania, ni Musa b. Nusayr habría venido a Hispania con más de 25.000 hombres, árabes en su gran mayoría, si no hubiera sido por el inmenso botín de los godos. Cuando Musa humilla a Tariq y le obliga a devolverle lo ganado, cuando unifica los ejércitos musulmanes y le retira el mando, cuando lo lleva casi en prisión en su campaña del 713, en el fondo está dando legitimidad oficial a la invasión. Por eso ya tiene una idea administrativa, organiza la gobernación de ciudades, consolida su dominio en Córdoba y Sevilla, ordena Toledo, se desplaza a Zaragoza, que utiliza como centro de todas las operaciones del noreste hasta Tortosa, firma paces y pactos oficiales, y ya avista los límites de al-Ándalus enviando sus primeros observadores a Francia.

De la misma manera que Tariq había iniciado una operación ilegítima sin orden de Mūsà, este había iniciado una conquista sin orden de Damasco. Pronto un emisario califal le ordenó que marchara a la capital. Musa lo sobornó y le permitió continuar su aventura colonizadora y de saqueo. Según las fuentes musulmanas, Musa llegó a Tarragona, pactó con nobles godos como Casius, que controlaban amplias zonas del alto Ebro, sometió a los vascones de Pamplona y atravesó «sus tierras hasta llegar a unas gentes que iban desnudos como bestias»⁷. Luego, aceptó la sumisión de Galicia, ganó Lugo y llegó hasta el Cantábri-

⁷ Chalmeta, *Invasión e islamización*, 186.

co. Desde allí envió destacamentos a Francia por la parte de Aquitania, cuyo duque Eudes le cerraría el paso. Si miramos su obra, nos damos cuenta de que sus operaciones apuntan a las ciudades, y que en casi todas ellas se pactó la paz. Tras tener todo al-Ándalus bajo su poder, en el sentido de tomar posesión de la totalidad del reino de los godos, Musa se embarcó junto con los notables pacificados, los godos islamizados, los señores hispano-romanos favorables, para ofrecer la nueva tierra al régimen de Damasco. Era el año 714.

El poder califal, por tanto, solo a contrapié se interesó por al-Ándalus. La consecuencia es que sus elites centrales no se implicaron de forma intensa en su conquista y administración. A Hispania no vinieron los linajes principales ni se consideró tierra central del islam, sino su frontera. Los primeros gobernadores eran castigados viniendo a Hispania y deseaban cobrarse lo que parecía un destierro. En suma, la dominación musulmana sobre al-Ándalus mantuvo zonas de fragilidad y de debilidad administrativa, y esto además respecto de un sistema de poder no del todo consolidado como era el de Damasco. Estas circunstancias explican los cambios de orientación política que padecieron las nuevas tierras andalusíes y la pervivencia de amplias capas de cultura material cristiana e hispano-romana, sobre todo en el terreno de la arquitectura y de la forma artística⁸. Ambos hechos permiten también comprender que pronto

⁸ Isidro G. Bango Torvigio ha escrito una extensa obra mostrando que, desde el punto de vista de la forma y de la técnica, la arquitectura de la época primocristiana e incluso del al-Ándalus inicial no puede comprenderse sin el arte tardorromano. La influencia romana sería ya decisiva en la gran mezquita de Damasco, que será determinante para la mezquita de Córdoba. Por eso, argumenta que no se debe llamar a este arte hispanogodo o prerrománico. Sus argumentos son muy atendibles, dado que en la historia del arte no deberíamos considerar la vida religiosa, étnica, o calificar como pre-tipos de artes los que en modo alguno conducen evolutivamente al arte que triunfará posteriormente. En este sentido, es indiscutible que la manera de construir en Asturias no llevará al románico. Ese arte dependería del arte romano antiguo y sería en todo caso arte tardorromano. Su análisis de Santa Lucía del Trampal, Santa Cruz de Cangas o el laberinto de Silo en Pravia, o la iglesia de Santa María de Alfonso II, le permite concluir una clara continuidad con las formas decorativas y constructivas del arte tardorromano. Cf. su trabajo «711/842. Siglo y medio de la cultura material de la España cristiana desde la invasión. Musulmanes y cristianos determinantes de una mistificación ‘histórico-cultural’ que no cesa», en *Anales de Historia del Arte*, 2012, 22, 57-90.

se generara malestar entre los dominados. Ese mismo malestar ante una administración más bien cambiante explica no solo las dificultades de los árabes con los bereberes; también que, tras una sumisión inicial, empezaran pronto a surgir núcleos de resistencia cristianos. En este volumen debemos mostrar su sentido, su origen, su capacidad de resistencia, su organización y su poder expansivo, capaz de ir ordenando espacios cada vez más amplios y de integrar poblaciones heterogéneas al norte de la frontera de al-Ándalus, y sobre todo más allá del amplio desierto administrativo que pronto se abriría en la ribera del Duero y al oeste de la línea que une Toledo con Zaragoza.

En suma, si tenemos que hacernos la pregunta de por qué triunfaron tan fácilmente los musulmanes de la primera incursión de Tariq, decisiva para la posterior invasión de Musa, como ha propuesto recientemente García Sanjuán⁹, lo primero que hay que tener en cuenta para responderla es que, desbordados los primeros diques con Rodrigo, ya no quedaban más y por eso los sarracenos desplegaron su actividad de conquista sin contratiempos durante una década. En este tiempo se sucedieron los acontecimientos de pacto y de victoria, pero en todo caso los pactos estuvieron condicionados por una superioridad militar contrastada de los sarracenos y se firmaron bajo condiciones coactivas. El reino de los godos no mantuvo capacidad directiva alguna. La evolución hacia el pacifismo de la sociedad goda debilitó la capacidad combativa del poder hispano. Tras la muerte de Rodrigo, nadie disponía de un poder unificado capaz de ofrecer resistencia a una caballería tan eficaz como la sarracena.

Eso no significa que el reino de los godos –sin la presión externa– no hubiera podido subsistir largo tiempo con todas sus contradicciones internas. Incluso podemos decir que, si todo se hubiera quedado en la incursión de Tariq, como quizá era lo previsto, tal vez los hispano-visigodos podrían haber tenido la capacidad de reagruparse y reorganizarse. Sin embargo, aunque esto hubiera ocurrido –y no ocurrió–, no habrían podido resistir a un poder tan formidable como los caballeros de Musa. En suma, la derrota no fue un fallo de perspectiva de Rodrigo, como sugiere Sanjuán, al no reclutar un gran ejército. Es posible supo-

⁹ García Sanjuán, *La conquista islámica*, 359-439.

ner que el rey goda tuviera una idea adecuada de la segunda entrada de Tarik, que fue la que motivó su descenso a marchas forzadas hacia el sur, pero que no pudiera reclutar más fuerzas. En verdad, no tenía capacidad movilizadora entre los territorios patrimoniales, que solo podían ofrecerle siervos dispuestos a la deserción.

Así que los hispano-godos se estabilizaron como sociedad, pero se debilitaron como estado, ejército y dirección política. Y esto resultó decisivo. Por eso, la conquista de los caballeros islámicos *no pudo ser nunca una revolución social*, porque desde este punto de vista la sociedad hispano-goda no eran tan frágil como su poder militar. La tesis de la conquista, defendida por García Sanjuán, necesita este matiz: fue superestructural. En este sentido, tiene razón Martínez Enamorado al recordar que centrarse en lo militar-político trunca cualquier comprensión compleja del proceso¹⁰. A pesar de todo debemos tener en cuenta dos aspectos. Primero e inmediato, no debemos ignorar que, al liberar a las poblaciones judías, con los sarracenos se reactivó el comercio más allá de lo que el reino goda promovió. Como ha dicho en otro pasaje de su crítica a Sanjuán, y sobre la base de restos arqueológicos que muestran una intensa actividad comercial, debemos «entender que más que un ejército de un estado organizado», con elementos encuadrados en una estructura de poder disciplinada, la ‘conquista’ pudo ser resultado de pactos entre grupos de clanes. Por mi parte, cambiaría la cláusula «más que» por la de «además de». La idea, por tanto, de una armada árabe, organizada por una especie de Gran Leviatán que sería el estado árabe damasceno, capaz de ordenar un movimiento de tropas y un desplazamiento tan amplio de gentes, no deja de ser un desiderátum simplificador de Alejandro García Sanjuán. Una conquista en el siglo VIII siempre será algo menos sistemático. En este sentido, debemos estar alerta a la hora de eliminar el anacronismo de estas representaciones¹¹. Sin embargo, y matizando las ideas de Martínez Enamorado, podemos decir que incluso una caballería organizada como la de Musa tendría que operar sobre el terreno mediante pactos. La idea central de todo esto es que las posibilidades de transformación social que tenga un ejército

¹⁰ Martínez Enamorado, «Albahrí», 207.

¹¹ Martínez Enamorado, «Albahrí», 208.